

NOTA: Entre los papeles de Francisco Bejarano encontramos una treintena de cuartillas, en su mayoría manuscritas y algunas por ambas caras, en las que cronológicamente ha ido reseñando lo más destacado e interesante de la “correspondencia Tembours-Sabartés y otros”, relacionada fundamentalmente con las “gestiones de Tembours” sobre el Museo y Picasso. El texto no es, por tanto, un trabajo original de Francisco Bejarano, sino unas simples notas y apuntes tomados por él, como parte de un trabajo que realizaba. Con su publicación en Isla de Arriarán hemos querido que también él esté presente en esta empresa, desde un principio, como si fuera suya. A estos textos, le precede el artículo “Hablemos, otra vez, de Málaga y Picasso”, por Juan Tembours, el cual no pudo publicarse en la prensa malagueña por prohibírselo la censura del régimen anterior.

HABLEMOS, OTRA VEZ, DE MÁLAGA Y PICASSO

EN 1931, HACE un cuarto de siglo, traté inútilmente, desde las páginas de una revista, que nuestra Ciudad celebrara, el 25 de octubre, los 50 años del más genial artista de nuestro tiempo.

No creí que mi admiración, un deber de conciencia y el amor a mi tierra, habían de imponerme, pasados cinco lustros, el cumplimiento de la misma obligación y ello aunque crea que, también ahora, mis palabras caerán en saco descosido.

Pero lo actual es siempre efímero y mutable, son otras generaciones las que habrán de dictaminar y formar un juicio mezquino ante nuestra inculta y no justificable indiferencia, ante este ser extraordinario.

Sólo el arte es un valor imperecedero: las glorias de Alejandro, los reyes hititas y de

Creta, el imperio de los faraones, sobreviven gracias al altar de Pérgamo, las tumbas de Ur, los frescos de Cnosos o los hallazgos del Valle de los Reyes; su egregia majestad Don Felipe IV o el poderoso Conde Duque de Olivares, tienen corporeidad ante nosotros merced a los mágicos pinceles de Velázquez.

Con el rodar del tiempo Picasso ha de ser el arquetipo representativo: los remansos de paz, las calamidades de las guerras, las luchas sociales, nuestra tenebrosa incertidumbre, la angustia del vivir, el recelo del futuro; todo el avatar del mundo de nuestro tiempo, se impregna, vibra y se acusa en la obra de nuestro genial paisano.

Esta expresiva espiritualidad ultra sensitiva, se agiganta con su ágil mutabilidad y por el más raro dominio y virtuosismo en todas las técnicas.

Un cuadro de Picasso es un valor inmutable, puede cambiar la moda de la estética, por ello nos sorprende que una obra ayer famosa, nos cause indiferencia al encontrarla pasados unos años. Pero las de Picasso no envejecen, tienen valores constantes, que impresionan aunque se hallen ya alejadas del presente. Por ello no hay daño al mezclar, en sus grandes exposiciones, lienzos de sus 65 años de labor; todo tiene sabor actual, viviente, de una vigorosa y eterna juventud, a pesar de su disparidad de tiempo y lenguaje.

Picasso es un genio portentoso que existe sólo para el arte; su vida, desde los 10 años ha sido pintar, día y noche, sin descanso, esclavizado en el aislamiento de su intensa creación.

Este afán sin límites y su fortaleza de Hércules le hacen el artista de mayor producción de todos los tiempos. Su genial predisposición y este trabajar sin descanso, le han dado el más raro dominio de todas las técnicas, hasta el punto que sus obras brotan casi sin esfuerzo, como por generación espontánea, como engendradas por dioses mitológicos. El lápiz, el carbón, el esgrafiado, el color, el volumen, la composición, la perspectiva logra en sus manos la máxima expresividad. Hay en él efluvios de todo el arte pasado y hay algo suyo en cuanto se hizo recientemente con criterio actual.

Gracias a Picasso el arte ha podido romper su ruta de decenas de milenios; buscar espiritualidades intelectuales en vez de expresividades sensitivas; tratar de conseguir una emotividad cerebral, en vez de la del sentir del corazón.

Es imposible que nuestra generación vislumbre el alcance y la trascendencia futura de esta mutación; pero en cambio es innegable que sin él hubiesen sido fallidos todos los balbucesos buscando un nuevo lenguaje artístico. Sin Picasso el barco fantasma hubiera navegado a la deriva; ha sido él quien ha dado el gran salto mortal.

Pero esta verdad axiomática universalmente reconocida, todavía vienen ignorándola los tradicionales ases del miopismo. El mundo sigue con unción admirativa las evoluciones de su obra, su vida, su carácter, su modo de ser; anualmente brotan centenares de libros estudiando sus creaciones, hasta el punto de ser el artista de todos los tiempos que cuenta con una mayor bibliografía, textos en los más raros idiomas y con la más acrisolada perfección litográfica, que, a pesar de sus grandes tiradas, son rápidamente agotadas por el público.

Los Museos se afanan por poseer sus dibujos, litografías, cuadros, esculturas o cerámicas. Estas colecciones oficiales, para evidenciar su riqueza, enumeran orgullosamente los de Picasso que atesoran.

Sus exposiciones adquieren importancia nacional y motivan el movimiento de grandes masas de viajeros, así las de Roma y San Pablo, o las de París y Munich, que tuvieron en dos meses 120 mil visitantes, soportando las inclemencias del tiempo en colas interminables.

Hay pueblos, antes ignorados, como Antibes y Vallauris, que ahora viven del Museo picassiano o de la industria de cerámica por él organizada.

Entre tanto en su patria se le ignora y desconoce; sólo en los Museos de Barcelona y Madrid, ahora cerrados, podían verse algunos de sus cuadros. Tan sólo hubo un intento de exposición, en 1936, malogrado por nuestra Guerra; por ello existe una responsabilidad espiritual en los que privaron a nuestros artistas de su orientación.

Y sin embargo Picasso es uno de los más grandes valores raciales españoles. Este hombre genial alejado de España desde 1901, ha conservado nuestra nacionalidad, a pesar de que se la hubiera otorgado, plena de honores, cualquier otro país del mundo; su residir de 55 años en Francia no ha modificado su fonética de fuerte raíz española; tampoco se modificó su modo de pensar, sus íntimas costumbres; sus paisanos son sus mejores amigos: intelectuales, hombres de letras, artistas o toreros.

Pero, contrariamente a lo que tantas veces se ha querido demostrar, su propia obra transpira la indómita rebeldía española; sin esa raíz etnográfica, Picasso hubiese sido, como sus contemporáneos europeos, un artista de directriz inmutable, de más o menos acertadas variantes, pero dentro de una órbita mezquina y regularizada. Es su fina solera española lo que le hace genial, desconcertante, imprevisto.

Y si hemos de aquilatar en esa atávica raíz nativa, veremos que es precisa y forzosamente Málaga la que ha formado la esencia de su personalidad; ha de brotar en esta tierra, vieja como el mundo, por la que han desfilado todas las culturas; de aquí, ahora y siempre, Babel hogar de todas las nacionalidades; donde todo es sutil, ingrátido; donde la aguda gracia popular ciega por sus destellos geniales; de esta Málaga donde el desplante, la hombría y lo indómito incongruentemente conviven con la hospitalidad, la nobleza y la generosidad; de aquí donde la pureza del jazmín brota amorosamente del áspid de la biznaga.

Picasso es malagueño, tan exclusivamente malagueño como el vinillo de los montes, las moscateles; el espetón y el chanquete, la Caleta o las naranjas de grano de oro; tal vez sea lo más genuinamente representativo del ente malagueño de todos los tiempos.

Esto, ignorado por los que mejor debieran conocerlo, pudiera remacharse con infinitas pruebas sutiles de como sigue reinando Málaga inconscientemente en su espíritu o en sus obras, que poseen la gracia y desplante del toreo gitano; los quiebros y amarguras del cante grande o del baile flamenco.

Por ello es frecuente que aquí arriben desde lejanas latitudes quienes quieren entrañarse en el enigma de su ser; averiguar de su ascendencia, perdida en arraigados linajes

malagueños; saber de su padre, el bueno de Don José Ruiz Blasco, en difícil lucha por la vida, sólo amparado en el caudal de sus pinceles; o de su santa madre, Doña María Picasso, tan llena de gracia y dulces ternuras. Estos incrédulos precisan ver en el Juzgado su partida de nacimiento o en Santiago la de su bautismo. Ya después, con unción casi religiosa, quieren peregrinar a través de sus primeros años; no interesan los de su aprendizaje en la Coruña o Madrid; ni su iniciación en Barcelona; tampoco su lucha bohemia en París; es su Málaga lo que se estima, porque sólo aquí está la levadura de su carácter y los rosas y azules de su bondad.

Por ello, estos extranjeros, se extasían ante su casa, en aquella Plaza de la Merced, plaza conventual y campo de luchas liberales, donde se inician sus juegos, bajo la amorosa vigilancia de Doña María. Después ven su escuela, en la calle de San Agustín, frontera al primer Museo de Málaga, creado por su padre; en este colegio dicen que se inician, contra la escolástica, sus primeras rebeldías. Han de ver la casa de Muñoz Degrain, el agrio y bondadoso don Antonio, entonces y ahora maestro de los artistas malagueños; ya que aquí se refugian los Ruiz Picasso durante los terremotos de 1884.

Estos extraños, se emocionan en la sala grande de la Escuela de Bellas Artes, que parece la recámara de una vieja fragata, con sus grandes bancos de dibujo en los que se inicia Pablito; todavía viven las grandotas estatuas de yeso, de las que copiaba al carbón brazos y pies, con el recio modelado de Durero o Miguel Ángel. Completan esta visita sus dos cuadros del Museo, incomprensiblemente pintados a los 13 años.

De este emocional derrotero suele ser broche brillante el ambientado salón del antiguo Liceo, ya que allí, en 1895 a los 14 años, Martínez de la Vega y otros maestros tuvieron la clarividencia de consagrarle solemnemente "Pintor".

Ésta es nuestra Málaga ignorada; juvenil y de dulces nostalgias para el maestro y de nobles evocaciones acrisoladas sólo por los extraños.

Pronto, muy pronto, el 25 de Octubre, nuestro gran pintor cumplirá sus 75 años; Dios quiera prolongar su vida valiosa y que durante muchos sobreviva a sus últimos compañeros que, como Matisse, Utrillo o Marie Laurencin, ya alcanzaron la meta de la verdadera paz.

En las formas más variadas y emocionales, el mundo entero se prepara a celebrar este cumpleaños.

Ahora, como en 1931, quiero dar la voz de alerta. Málaga, la "ciudad del paraíso" o "el imperio de la luz", raíz y tierra madre de Picasso, no puede tener conducta de madrastra.

Juan Temboury Álvarez

de las academias de la Historia y San Fernando
Delegado de Bellas Artes.

Septiembre de 1956